



“La biblioteca ha dejado de ser el centro asistencial que fue en el siglo XIX y en el XX”

Manuel. Carrión

Era una soleada mañana de invierno cuando, transitando por las calles del corazón de Madrid, nos acercamos a la Plaza de la Villa, al edificio civil más antiguo de la capital de España, la Casa de los Lujanes, donde hoy se ubica la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Franqueamos su gran portada y, cariñosamente, nos guiaron por pasillos y salas repletas de enormes vitrinas atestadas de libros que recorrían sus paredes. En medio de un salón con siglos en sus maderas, nos recibió Manuel Carrión, antiguo director técnico de la Biblioteca Nacional, autor del archiconocido *Manual de Bibliotecas*, amante de la poesía... Con cálida tranquilidad y serenidad, con palabras exactas, desgranó sus interesantes reflexiones sobre el mundo bibliotecario.

La celeridad de la vida actual se deja sentir también en el mundo bibliotecario, ¿cree usted que en las bibliotecas, sobre todo en las municipales, hemos pasado del clasicismo a la cibernética en un solo paso? ¿Cómo valora usted los profundos cambios ocurridos en estas últimas décadas?

El cambio o, si queremos, los cambios afectan a todas las bibliotecas, porque afectan a los soportes de la información, a las vías de acceso a la misma y a las técnicas para su tratamiento. Pero las resonancias de los cambios son más perceptibles y problemáticas en la biblioteca pública “municipal”, ya que la función de las

las nuevas tecnologías no han sido consecuencia ni causa de un al menos presunto nuevo humanismo. La llegada de herramientas como Internet, cuyo uso supone una capacidad de control sobre uno mismo y sobre el medio que no es fácil de alcanzar, plantea problemas nuevos a los que se está haciendo frente desde posturas ingenuas o demagógicas. El hombre de la Galaxia Marconi necesita haber pasado por la Galaxia Gutenberg. No se puede educar uno para la utilización de una herramienta poderosa y seductora sólo con la herramienta misma. Las ayudas públicas al “hombre electrónico” debieran ir dirigidas más bien a enseñar el manejo del instrumento, a la dotación de



demás es esencialmente informativa y ésta tiene además en su misión encomendadas otras funciones educativas, de aprovechamiento del ocio, de integración cultural y hasta social a secas. La biblioteca ha dejado, por supuesto, de ser el *centro asistencial* que fue muchas veces en el siglo XIX y en el XX, y hasta —dado el enorme peso “modelador” (que en modo alguno me atrevo a calificar de educativo) de los medios— no es ya la escuela para la democracia como se soñó y fue en los orígenes de la biblioteca pública. Pero es que, por centrarnos en la pregunta,

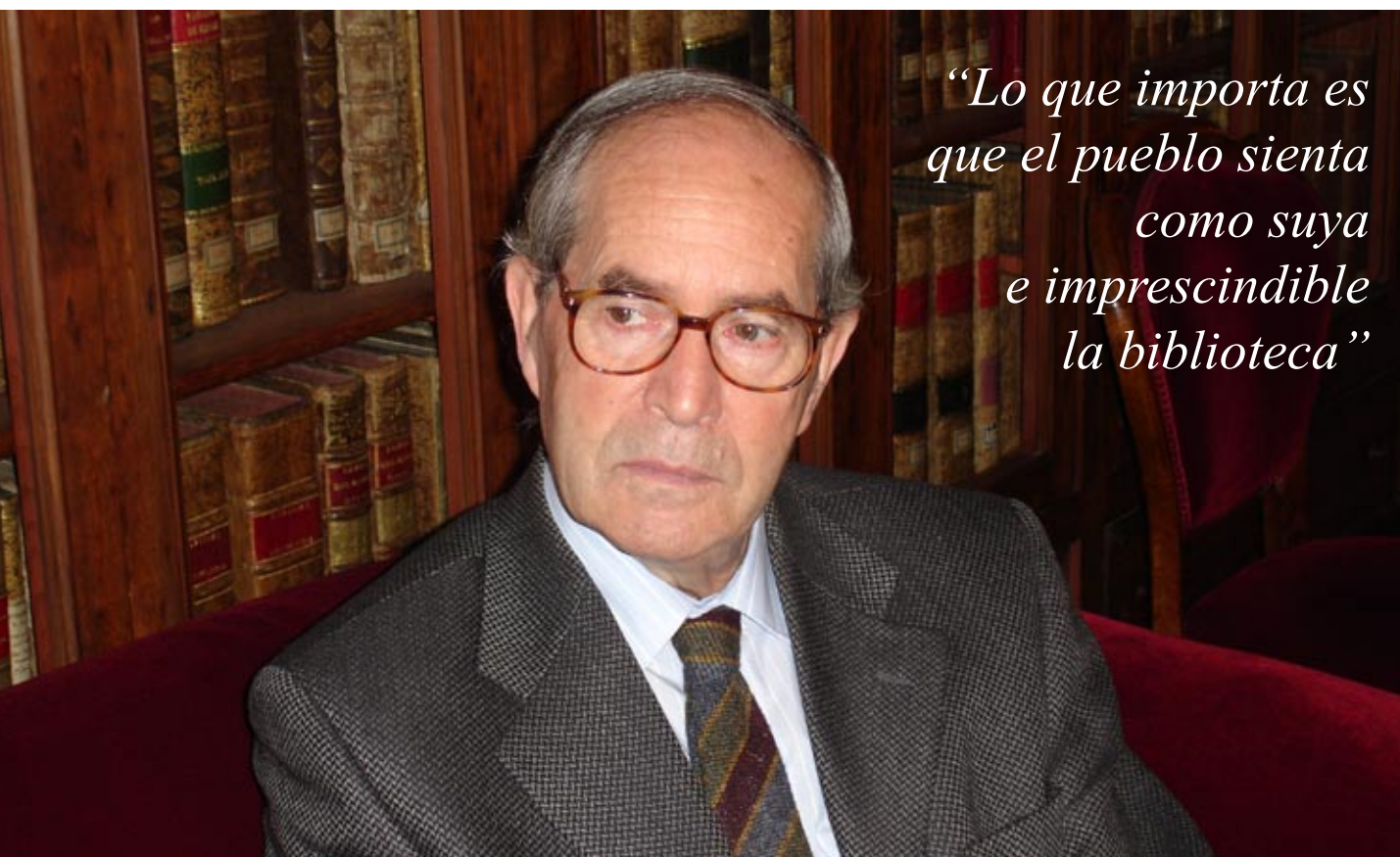
contenidos selectos que no suelen ser ofrecidos por los medios comerciales y gratuitos y a la formación (dándole los medios para ello) del esqueleto del “hombre literato o letrado”. Es mucho más importante —y por consiguiente es prioritario en la satisfacción de sus necesidades— el “*homo quaerens*” que el “*homo naturaliter curiosus*”.

Es muy difícil leer o ver que se realizan, al mismo tiempo, inversiones no sólo en tecnología sino también en personal, en locales o en espacios suficientes y necesarios para la correcta instalación

y administración de las bibliotecas. ¿Cree usted que este problema se fundamenta en la falta de cooperación entre las distintas Administraciones Públicas? ¿Qué otros factores pueden influir?

Los números (está todavía caliente la última estadística bibliotecaria del INE, que cualquiera puede consultar en Internet) nos dicen que el esfuerzo realizado en los últimos veinticinco años —y no veníamos de un desierto— es

nada sobre manifestaciones o sobre movimientos populares producidos por desgarrones culturales que hagan clamar por una biblioteca; sí recuerdo, en cambio, conmociones populares ante la eventualidad del simple descenso de categoría de un club de fútbol. Todo esto lo saben también los medios. Creo, hablando entre nosotros, que la gran cuestión hacia el futuro que ya estamos abriendo es preguntarse por el porqué y para qué de la biblioteca pública. ¿Para leer un



“Lo que importa es que el pueblo sienta como suya e imprescindible la biblioteca”

notable y que la dotación bibliotecaria española es, hablando de aquello por lo que me pregunta, suficiente, si no espléndida. Lo que dicen los números lo confirman los ojos, la conversación con los bibliotecarios más responsables y un simple ejercicio de biblioteconomía comparada. Otra cosa sería hablar de los fondos documentales o de la gestión bibliotecaria. Y, desde luego, del aprecio social de la biblioteca y del concepto de cultura. No recuerdo

libro que te dan por un euro al comprar el periódico?

Muchas de las bibliotecas han sido y están siendo ubicadas en edificios rehabilitados y, por tanto, no construidos expresamente para este fin, ¿qué importancia tiene para usted la adecuada ubicación en cuanto a situación y local de una biblioteca para que esta sea un lugar agradable y atractivo para los usuarios?

Por supuesto que el ideal, cuando se piensa en el edificio de una biblioteca (ya sabemos que ésta es además la colección documental, los bibliotecarios, los usuarios y el sistema circulatorio que los vivifica a todos), es el de un edificio céntrico, adaptado al medio ambiente, capaz y agradable. Pero con menos también se vive y los edificios que se rescatan de la ruina, además de ser un valor cultural e histórico, cuando lo sean, suelen estar en lugares de fácil acceso. El resto es cuestión de inteligencia y de buena planificación. Lo que importa es que el pueblo sienta como suya e imprescindible la biblioteca y que la pobreza digna, si no hay otro remedio, no abdique de la inteligencia. Nadie ha dicho que la riqueza sola vaya necesariamente unida a la cultura y al amor de la misma. Cuando el bibliotecario tenga que o pueda intervenir en la planificación, es decir, en la buena política, conviene que no olvide que la política es el arte de lo posible. Que siempre es mucho: lo posible, digo.

¿Cree que la distribución del espacio interior de las bibliotecas es también determinante para el logro de sus objetivos?

Sí, pero sin rigidez dogmática. El gestor corrige y mejora, si es preciso, al planificador. Las áreas de gran tráfico, de tráfico medio y de recogimiento, pueden seguir valiendo como orientación. Pero ahora los ficheros están no en el vestíbulo de acogida, sino en un ordenador y éste, a su vez, con su capacidad virtual, constituye la parte más importante de la sección de referencia... Y la idea de la biblioteca “tripartita” con una zona casi callejera -la “revolución” de Gütersloh- no ha resultado precisamente un éxito. Y la avalancha de lo audiovisual en nuestras estanterías no ha dado de sí una sociedad de uno ochenta cultural para arriba, como está sucediendo

en lo corporal y dicharachero... Cada vez más, un bibliotecario no es una máquina de seguir normas (me refiero a las UNE o ISO, por ejemplo), sino una persona capaz de no quejarse ni de perder tiempo, responsable ante la comunidad a la que sirve de la mayor eficacia de lo que tiene, de lo que ponen a su disposición. Apuntarse a la táctica de pedir continuamente más medios, sin haber demostrado que se utilizan con fruto los disponibles, no es la mejor muestra de profesionalidad. Hemos perdido mucho tiempo haciendo el mismo catálogo de incunables o de libros del siglo XVI, catalogando con la mayor finura los mismos libros en todas las bibliotecas, pretendiendo suplir a los técnicos informáticos sin señalarles caminos. Espero que no se nos ocurra ahora convertirnos en simples expendedores de entradas gratuitas a ese inmenso parque temático que es Internet.

En el ejercicio de nuestra profesión, los bibliotecarios/as no gozamos de la adecuada dignificación y merecido reconocimiento social aún trabajando en “una institución que sale a buscar las necesidades informativas de la sociedad, a excitarlas cuando es preciso, a diferenciarlas y a satisfacerlas” según una de las definiciones que usted nos da en su Manual de Bibliotecas. ¿Cómo cree que se podría mejorar esta situación?

El fracaso o el éxito profesionales no dependen del reconocimiento, sino de los frutos obtenidos, del servicio prestado. De esa productividad, tan difícil de medir en nuestro caso, pero que suele dejar una estela de agradecimientos y de buena memoria. El ejercicio de una profesión intelectual que no termina en transacciones comerciales no suele terminar en la abundancia, ni siquiera en el desahogo o en un calcetín con fondos suficientes para ver ponerse el sol desde una residencia con vistas al silencio. No

seamos pesimistas. La gente cree que quienes usamos con propiedad *incunable*, *códice*, o sabemos distinguir entre *edición original* y *edición príncipe* somos unos sabios. Y la gente suele ser lo mejor de las personas. El sueldo dependerá de la hucha común y el puesto adecuado para cada uno, esquivar el sobresalto que pueden producir ciertos nombramientos es asunto de justicia, cuando no

Los bibliotecarios/as municipales somos, en muchísimos casos, chicos/as para todo en nuestras bibliotecas. ¿Debería ser, desde su punto de vista, uno de los principales requisitos a tener en cuenta en las administraciones locales el incremento en la dotación de personal de la biblioteca para poder atender adecuadamente todos los servicios que esta institución puede ofrecer a la comunidad?

UNA VIDA ENTRE LIBROS

Manuel Carrión Gútiérrez (Carrión de los Condes, 1930), licenciado en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma. Ha sido profesor de Literatura Griega y Latina y de Psicología y, principalmente, bibliotecario y archivero.

En 1992 fue nombrado director técnico de la Biblioteca Nacional. Su vida está unida a tres pasiones: los libros, la poesía y sus orígenes. Como especialista del libro y las bibliotecas ha escrito numerosas publicaciones relacionadas con el tema, principalmente un *Manual de Bibliotecas*, obra de referencia para estudiosos y opositores.

Ha escrito biografías (de Jorge Manrique), ha traducido del alemán, inglés, francés, italiano y latín —fue premio Nacional de Traducción en 1969— y ha hecho algunas incursiones en la poesía, publicando sus poemas en revistas y antologías: *Nombre en la Tierra*, *Nombre en el Agua* y *Poemas Veniales* que él mismo ha definido como “poesías de la ciudad”.

En la actualidad es académico de número de la Pontificia Academia de San Dámaso de Madrid y de la Institución Tello Téllez de Meneses de Palencia. También asesora a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y pertenece a la Junta directiva de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles.

simplemente de tener algún trato sonriente con la vergüenza. No hace falta ser Casanova, Leibniz, Borges para sentir la felicidad y hasta el encono de haber sido bibliotecario.

Catalogación, clasificación, informatización, atención al público, control de préstamos, animación a la lectura...

Creo que ya va en lo anterior buena parte de la respuesta. No se trata de hacer todo, sino de hacer lo necesario. Y, cuando no es posible llegar a tanto, saber establecer un sistema adecuado de prioridades. Hay dos peligrosos extremos que evitar: que la biblioteca no pueda prestar los servicios esenciales (que no son establecidos por el bibliotecario, sino por él y por los responsables de la comunidad servida) y que el bibliotecario se convierta en un simple funcionario, es decir —y hablo con los que usan peyorativamente el término de funcionario— en alguien que aspira a multiplicarse por sí mismo. Hay que buscar ante todo aquello en lo que nos tenemos que hacer insustituibles.

La animación a la lectura que se desarrolla en las bibliotecas, ¿debería estar complementada con actividades llevadas a cabo en los centros escolares y en la familia si lo que se desea conseguir es crear y mantener un verdadero hábito lector?

Por supuesto, hay que buscar y prestar toda clase de colaboración, pero sin acciones de desembarco invasoras, sino con el ofrecimiento generoso y humilde de “aquí nos tienen para lo que gusten” y con la provisión de ideas y de incitaciones. Lo del hábito lector es otro cantar. Hay el peligro, si no se sabe bien qué es eso, de terminar en el hábito lector de *El código*... No digo más, para no hacer propaganda. Ya me entiende: lo del queso y todo eso.

En la profesión de bibliotecario/a, además de conocimientos técnicos para la gestión de la biblioteca, ¿es necesaria una cierta vocación, incluso una cierta pasión por el trabajo cuando se trata, principalmente, de atender a todos los sectores de población en una biblioteca municipal?

La vocación tiene un gran componente de necesidad. Por lo general se es lo que se puede y, por lo común, bastante menos. La *vocacionalidad* —y ya nos lo dijo San Agustín— consiste fundamentalmente en terminar amando lo que haces, lo que has tenido que hacer y en que la sociedad tenga el mismo aprecio fundamental por todos los quehaceres. Es una utopía, pero de ella depende la felicidad personal (que incluye la capacidad para asimilar la desgracia) y la sociedad soportable. Dicho esto, vale añadir que la profesión del bibliotecario consiste en la formación adecuada inicial, específica y continuada. Y lo de siempre: que no salga nadie de la biblioteca sin haber resuelto su problema... Como en la clínica, como en la zapatería...

Y, ya que este año 2005 se celebra el IV Centenario de la primera edición del Quijote, considerada una obra universal, ¿cómo cree usted que debería ser promovida esta efeméride desde las bibliotecas públicas para difundir El Quijote —y en general la lectura de los clásicos—, entre los más jóvenes?

Aparte de las previsiones de la Comunidad de Castilla-La Mancha y de centenares de iniciativas locales y

privadas, hay una Comisión Nacional encargada de esta conmemoración y promovida personalmente por el Presidente del Gobierno. Supongo que



darán ideas suficientes a las bibliotecas públicas y Dios me libre de hacer unas propuestas que vayan a no coincidir con las del Gobierno. Por de pronto, hay varias iniciativas editoriales. Si usted me preguntase que qué opino de ellas, le emplazaría para otra entrevista, ya que ésta, como puede ver, se nos está terminando. ■

AUTOR: Jiménez Fernández, Conchi.

FOTOGRAFÍAS: Revista *Mi Biblioteca*. Tomadas en la biblioteca de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

TÍTULO: “La biblioteca ha dejado de ser el centro asistencial que fue en el siglo XIX y en el XX”. Entrevista a Manuel Carrión Gútiérrez.

RESUMEN: En esta entrevista se explica todo aquello que puede estar relacionado con la profesión bibliotecaria, de su éxito o fracaso, en una sociedad tan cambiante como la actual, en unos locales que en ocasiones no están habilitados para cumplir los fines de una biblioteca y, muchas veces, sin los medios necesarios para el correcto desempeño de su trabajo.

MATERIAS: Bibliotecas Públicas, Biblioteca Municipales, Bibliotecarios, Entrevistas.